

ZACH KING

The illustration features three main characters: a boy with a red cap and blue hoodie, a girl with long blonde hair, and a boy with a camera. They are standing on a red structure with a blue globe in the background. A large green crocodile is in the foreground, and several green frogs are flying or jumping around. The scene is set against a red background with white clouds.

MI VIDA
MÁGICA

DESCÁRGATE
GRATIS LA APP
en
WWW.ZACHKINGMAGIC.COM

DESTINO

KING

**MI
VIDA
MÁGICA**

Traducción de Andrés Rus

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Zach King. My magical life*

© Zach King, 2017
© del traductor: Andrés Rus, 2018
© Editorial Planeta S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2018
ISBN: 978-84-08-18788-2
Depósito legal: B. 7.720-201
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1



—Déjame intentarlo solo una vez más, por favor...

Zach King se sentó en la silla giratoria y se inclinó sobre una mesa alargada repleta de objetos domésticos de poca monta (un yoyó con luces, un paraguas viejo, una cinta métrica de 10 metros, un par de dados y un globo de nieve de San Francisco). Estaba seguro de que una de ellas tenía que ser su objeto mágico. Se apartó su negro cabello de los ojos y levantó la vista hacia su profesor, que no era otro que su padre. Estaban en el sótano. Los King vivían en el extremo más recóndito de una urbani-

zación sencilla, justo al pie de una empinada calle de asfalto descuidado, en una casa roja y blanca, como muchas de las que había alrededor. No es que hubieran pretendido ocultar su residencia, pero no había duda de que, para llegar a ella, uno tenía que saberse bien el camino.

Sus padres habían convertido la parte inferior de la vivienda, a la que se accedía bajando por una escalera, en un aula para él y para su hermana pequeña, Sophie. No iban al colegio porque su familia no era como las demás (y también porque ninguno de los dos iba a tener un oficio como el resto de los chicos de su edad cuando fueran mayores). Los King eran magos. Todos y cada uno de sus miembros: desde sus padres hasta sus abuelos, pasando por sus tíos, primos y sobrinos. Todos menos, por lo visto, Zach. Y eso que ya tenía once años; sin embargo, por mucho que lo intentaba día tras día, aún no había sido capaz de descubrir cuál era su objeto mágico, aquel que habría de destapar de una vez por todas sus habilidades.

Echó un vistazo a través de la ventana corredera que daba al patio de atrás y observó a su madre, que estaba

preparando las mesas de pícnic para la gran reunión familiar que iban a celebrar al día siguiente. Zach estaba resuelto a descubrir cuáles eran sus poderes antes de que llegasen todos sus parientes.

—No sé, no sé... —respondió el señor King tras echar una mirada a su anticuado reloj de pulsera de bronce con un borroso grabado de un águila en el centro, que era, precisamente, el objeto mágico de su padre, y cuya facultad más importante consistía en ser capaz de hacer retroceder el tiempo—. Quizá deberíamos dejarlo por hoy. Le prometí a tu madre que la ayudaría a preparar la fiesta.

—Venga, papá... —le rogó él—. Solo una vez más, es lo único que te pido...

—Está bien... Podemos hacer un último intento.

A continuación, su padre frunció el ceño y, muy despacio, fue girando a la inversa las manecillas de su reloj. Zach sintió una especie de hormigueo en su interior al ver cómo las nubes comenzaban a dar marcha atrás pasando por delante del sol al que acababan de adelantar hacía un momento. Del mismo modo, su vaso de zumo recién terminado volvió a estar lleno hasta el borde, la

manzana a la que le había pegado un mordisco estaba entera otra vez, el cronómetro digital del mueble de la consola comenzó a descontar los segundos, las manillas del antiguo reloj de cuco que había colgado en la pared empezaron a rotar hacia la izquierda y el cuco de madera a aletear en sentido contrario hasta regresar al interior de su caseta. Y, por supuesto, su padre y él dispusieron de unos minutos extra para intentar descubrir cuál sería su objeto mágico.

Entonces, se fijó en una brillante linterna plateada que había dentro de una caja, se agachó y la sacó de forma solemne como si estuviera alzando un arma de guerra afilada y legendaria.

—¡Este es! —exclamó esperanzado—. ¡Seguro!

—Tal vez... —replicó el señor King—. A ver, inténtalo...

Zach respiró hondo, la encendió y alumbró con ella todo lo que había alrededor, esperando que ocurriera algo increíble y sorprendente. En realidad, no sabía muy bien qué esperaba que hiciera la linterna; no obstante, de lo que sí estaba seguro era de que tenía poderes mágicos. ¡No le cabía duda!

Agarrando con fuerza el objeto con ambas manos,

concentró toda su energía mental en él tal como le habían enseñado sus padres. Primero, visualizó con claridad en su cabeza que el haz de luz que desprendía era capaz de cortar en dos cualquier objeto, igual que una espada láser. Luego, imaginó que tuviera rayos X y que, gracias a ella, fuera posible ver a través de las paredes o algo así. Deseaba tanto que funcionara... Pero no fue así. La linterna no era más que una linterna. Y su única utilidad resultó ser la de iluminar la superficie de las cosas.

—Pues vaya... —dijo su padre—. Bueno, merecía la pena intentarlo una vez más.

—¡No, espera! —replicó él apretando con tanta fuerza el objeto que las manos comenzaron a dolerle—. Dale tiempo...

En ese momento, el resplandor procedente del aparato fue a parar a una aspiradora que había apoyada en una esquina. De repente, esta soltó un rugido y cobró vida. En un abrir y cerrar de ojos, se puso en movimiento y pasó zumbando por todo el sótano con las luces frontales centelleando como si fueran los ojos de un gato.

—¡Sí! —exclamó Zach mientras dejaba caer la linterna—. ¡Lo sabía! ¡Mira cómo se mueve!

Se trataba de un lujoso modelo experimental fabricado por uno de sus tíos, que era un mago científico loco, y era mucho más potente que las normales de toda la vida, pues la había concebido para ser capaz de limpiar y recoger hasta el más terrible de los estropicios producidos por un mal uso de la magia. Sin embargo, hasta la fecha, nunca se había puesto en marcha por sí misma.

«He sido yo. ¡Son mis poderes!», se dijo a sí mismo de forma emocionada el joven aprendiz.

—¿Estás viendo eso? —le preguntó a su padre.

—Ajá... —respondió el señor King.

A continuación, agitando la linterna a modo de varita mágica, Zach intentó controlar los movimientos desbordados de la aspiradora autopropulsada; aunque, como reconoció para sí mismo, era evidente que aún no dominaba sus recién adquiridas capacidades. Entonces, la máquina dio media vuelta de golpe y comenzó a dirigirse hacia él a toda mecha, succionando el polvo, la suciedad y los restos de patatas fritas que había sobre la alfombra como si fuera un animal desesperado y hambriento.

—¡Alto! ¡Detente! ¡Ah!

—¡No puedo pararla! —oyó que gritaba su hermana.



—Pero ¿qué...?

Según reculaba, Zach trastabilló, dejó escapar un agudo chillido y cayó al suelo. Acto seguido, la aspiradora arremetió contra él, le arrancó el dobladillo de los pantalones y se los tragó en un santiamén.

Los pantalones de Zach hicieron que la aspiradora se atascara y emitiese un ruido extraño. Dio un respingo y se apagó con un suspiro de cansancio y un eructo polvoriento.

—Sophie, ya está bien —la reprendió el señor King con tono firme.

—¿Qué? —dijo Zach cuando su hermanita apareció de la nada detrás de la aspiradora.

Sophie solo tenía nueve años y medía más o menos la mitad que Zach, pero ya había descubierto sus poderes. Un par de gafas rosa chicle le permitían volverse invisible cuando le diera la gana.

—Perdón —se disculpó—. Se me ha ido de las manos.

El ánimo de Zach se desinfló por completo cuando se dio cuenta de que Sophie había manejado la aspiradora y no él. La linterna no era más que una linterna, y Zach no era más que un niño normal.

—No deberías engañar a tu hermano —le reprochó el señor King a Sophie.

—Intentaba ayudarlo —insistió la niña—. Esperaba que si le subía la autoestima, le sería más fácil descubrir sus poderes.

—Te lo agradezco —dijo Zach algo malhumorado—, pero no necesito que me ayudes. Estoy a punto de descubrir mis poderes. Lo noto.

—Sé que acabarás consiguiéndolo, hermanito —dijo Sophie dándole unas palmaditas en el hombro—. No te rindas.

—Gracias —contestó él.

A pesar de tenerle mucho cariño a su hermana pequeña y de que esta lo cuidara muy bien y quisiera siempre lo mejor para él, había veces que se preguntaba quién era en realidad el mayor.

—Papá —añadió ella mientras el señor King liberaba de un tirón los trozos de tela de las fauces de la aspiradora—, si tú tienes que ir a ayudar a mamá a preparar la fiesta de mañana, me puedo quedar yo aquí y seguir trabajando un poco más con él.

—Tranquilos... De todas formas, me vendrá bien to-

marme un descanso de tanta ayuda... —masculló su hermano con el ceño fruncido mientras arrojaba la inútil linterna al montón de objetos descartados.

—Lo siento, hijo —lo consoló su padre con una palmadita en la espalda—. Seguiremos practicando después de la reunión. Ten paciencia.

«Para ti es fácil decirlo», pensó Zach. La mayoría de los King habían descubierto cuáles eran sus poderes de muy pequeños, con tres o cuatro años. No obstante, él hacía ya mucho tiempo que había sobrepasado esa edad y aún nada...

Era inevitable que se cuestionara si le llegaría el momento... o si, por el contrario, ya era demasiado tarde.